

MA(R)TERNIDADE DISSIDENTE EM UM CONTO DE VIRIDIANA CARILLO

Maria Eduarda Lemes¹

O conto “Crianças de Água”, originalmente intitulado “Niños de agua”, é de autoria da talentosa mexicana Viridiana Carrillo. A escritora de 39 anos, que hoje vive na cidade de Santiago, Chile, é graduada em Língua e Literatura Hispânicas pela Universidad Autónoma de Sinaloa. Sua primeira publicação, a coletânea de contos *Antes del juego*, data de 2021 e retrata, entre variadas temáticas, a maternidade por diferentes ângulos.

Em sua trajetória como escritora, Viridiana Carrillo buscou conciliar profissão e maternidade quebrando com paradigmas que tinha em mente sobre o labor da escrita e a criação de uma criança. Ainda que sua obra aborde o tema da maternidade, a mexicana não faz dela uma autobiografia.

“Niños de agua”, agora podendo ser também “Crianças de água”, enquadra-se, a seu modo, na temática das maternidades dissidentes ao apresentar ao público leitor uma história delicada, sensível e dolorosa sobre a impossibilidade de se gerar filhos e também a dor de se perder uma criança ainda em gestação, pensando nos “(...) filhos mortos que ninguém quer trazer ao mundo porque é impensável entregar um corpo assim...”.

A culpa é outro elemento fortemente presente ao longo da narrativa – “Tudo o que comece a se decompor, a dar indícios de morte repentina, é minha culpa.” –, o que retrata de maneira direta, mas não bruta, como é a realidade de mulheres que sofrem pressão da sociedade em que vivem, de seus companheiros e de si mesmas por não poderem gerar um filho.

Toda a ambientação do conto e léxico remetem ao cenário praiano e à água de modo geral, além de apresentar especificidades e peculiaridades da língua e cultura hispano-americana que podem gerar alguns impasses quanto à tradução para o português. Percebemos que o conto aqui trabalhado expõe em determinadas passagens um perceptível fluxo de consciência da personagem, o que implica em um vocabulário que tende ao coloquial e ao pessoal.

A maior preocupação presente no processo de tradução, sem dúvidas, foi garantir que a linguagem escolhida condissesse o mais proximamente possível com o original, mas que também fizesse sentido para o leitor de língua portuguesa, de modo a não interferir no texto além do necessário e de maneira respeitosa, observando com cuidado como dar voz ao conto sem que os “ecos” da estrutura da língua espanhola se sobressaíssem na leitura em língua portuguesa.

¹ Graduanda em Letras – Licenciatura Português e Espanhol.

Seja em qual língua o conto for lido, que sua narrativa possibilite uma reflexão acerca das maternidades e suas ausências na vida das mulheres hoje. Dar à luz às maternidades dissidentes e trabalhar com suas narrativas é possibilitar um caminho para o diálogo aberto e a interação entre vivências, que sempre existiram, mas sobre as quais pouco ou nada se falava.

NIÑOS DE AGUA

Habíamos adquirido la costumbre de viajar cada fin de semana a la playa cercana. Primero a la bahía, donde puedo bañarme sin temor porque el oleaje es amable, nada traicionero. Me gusta sentarme en la orilla, el agua me cubre los muslos, y suelo escarbar la arena con mis manos buscando almejas.

Alberto casi siempre, antes del atardecer, dice que vayamos al muelle cercano al faro. Sé que lo dice porque quiere ir a ese brazo de río que se une al mar. Así que va preparando sus carnadas, anzuelos, sedales, y yo voy echando las almejas en un balde para cocinarlas una vez en casa. Sé que ya no podré estar en el agua: por un lado el agua turbia y profunda del río, por otro el oleaje alto, con corrientes impredecibles, de mar abierto.

Se trata de estar horas sin hacer nada. Imagino al niño que no tenemos caminando de un lugar a otro, con juguetes para escarbar y construir, queriendo entrar al agua y al mismo tiempo huyendo de ella, Alberto podría enseñarle a nadar, yo no sé hacerlo. Tampoco puedo tener hijos, o Alberto no puede, no sé quién de los dos y no importa, ya no, ya sabemos que esto es solo para nosotros. Por eso camino, leo, me duermo, a veces me acerco al faro y nunca llego hasta allá: está dentro de una zona de acceso privado, un complejo donde debo pagar por entrar y, aunque no es costoso, él jamás aceptaría que pasáramos la tarde ahí. Odia las multitudes.

Cuando comienza a pescar voy adormeciéndome con el ruido del carrete, me enfoco en escucharlo como si fuera una pequeña chicharra, me concentro en el muelle: provoca una sensación mesiánica de caminar sobre el agua. Lo bello es su brevedad: si fuera grande sería un puente y los puentes no me gustan, carecen de un borde a la nada o lo desconocido, en cambio ahí el agua parece llegar y llevarte a un lugar mejor. En ocasiones, y quizá dependa del cielo, pienso en arrojar algo desde ese filo de muelle. Veo a Alberto con sus movimientos mecánicos de enrollar, desenrollar, jalar, maldecir y siento que está a un paso, a solo un paso de caer. Yo también lo estoy, me imagino hundiéndome, no cayendo de golpe, sino hundiéndome de a poco, como si una marea de río me subiera por el cuerpo. Eso es natural. Así podría pasar el tiempo a no ser por esas interrupciones guturales que Alberto hace cuando saca un pez, lo deja caer a mi lado y en lugar de levantarme e irme observo su movimiento convulso. Me da lástima. Desearía salvarlo y sin embargo permanezco inmóvil.

Esa muerte vuelve todo peligroso aunque yo esté tirada y gire la cabeza para no ver los brincos del pez. ¿Y si fuera yo? ¿Si de manera inconmensurable el agua entrara y fuera yo la que agoniza? Alberto se agacha, veo cómo rompe, tirando hacia atrás, el cuello del animal. ¿Le

enseñaría al niño el término del sufrimiento? Cierro fuerte los ojos, el ruido de su cuello roto es insoportable a pesar de que apenas es audible. Es un acto grotesco, sí, pero es también misericordia, en ocasiones los gestos de gran nobleza tienen que ver con romper un cuello, incluso el propio. Si fuera yo: bajo el agua no se escucharía el crujido del hueso, ni el grito.

Regresamos a casa. Durante todo el camino me llega el olor de sus manos. Veo sus uñas sucias, con rastros de sangre seca y tierra de las lombrices que usa de carnada. Seguro ensuciará cada cosa que toque, como el volante, la palanca de cambios, mi pierna desnuda. Entramos, deja los pescados en la mesa de la cocina, despiden ya un hedor insoportable, fuerte, a mar oscuro, viscoso, que devora. Siento náuseas.

—No quiero limpiarlos —le digo cansada, enfebrecida de sol.

Me mira con fastidio mientras se lava las manos usando una gran cantidad de detergente. Tallando con fuerza sus dedos.

—Yo los pesqué, tú los limpias, así funciona —se lava con tal intensidad que salpica dejando unos charquitos sucios en el piso, que me obligarán a limpiarlo, tal como si un pez hubiera intentado un escape.

Son casi una decena. No recordaba que fueran tantos. Todos grises, ásperos y con ese hedor de muerte prematura, incredulidad guardada en el fondo del agua violenta. —Es que no quiero, no me siento bien, siento náuseas.

—Pues entonces se pudrirán ahí. Estoy cansado.

Cierra la llave del agua y se mete al cuarto.

Que la comida se pudra por mi negligencia lo posiciona en un nivel moral superior e inalcanzable desde el cual puede reprocharme cualquier cosa. Lo mismo si olvido la ropa dentro de la lavadora varios días o algo al fuego hasta que se quema la olla. Todo lo que comience a descomponerse, a dar indicios de muerte repentina, es mi culpa.

Saco los pescados y los vacío en el fregadero, abro el grifo para lavarlos, quitarles esa agua despreciable en la que nacieron y murieron sin ninguna importancia. Engañados mientras yo estaba encima de ellos, pudiendo regresarlos a su mar, evitarles la asfixia, y lo que hice fue dejar que me vieran. Suplicantes, ¿o es que yo también suplico?

Tomo un cuchillo, un pescado con la otra mano sintiendo la piel de lija, una piedra plana, con una especie de aleta como espina agresiva. Meto la punta del cuchillo en el orificio del vientre y tiro. Sus vísceras pequeñas, lodosas e insignificantes brotan. Los enjuago. Arranco con furia las agallas.

De tres en tres los guardo en el congelador, para olvidarlos. Percibo en mis manos ahora ese hedor, como si el mar estuviera renaciendo en cada dedo, sin darme tregua. Me voy a dormir queriendo no pensar. No soñar con agua.

Pasaron semanas hasta que me pidió cocinar unos. Los sumergí en agua para descongelarlos. La forma seguía siendo plana, el corte que yo hice: una mueca plateada, de labios finos.

—Son carnívoros, ¿verdad?

—No lo sé.

—Lo digo por los dientes, parecen pirañas.

O lo decía por el tamaño de esa boca, una boca así es capaz de engullir con rapidez. Ser una ventosa en el pie o en el torso e impedir que un cuerpo salga a la superficie: si no lo engancha, lo succiona. Se deja pisar y se ata a él, como un ancla.

En la sartén los peces inflaron sus ojos volviéndolos blancos hasta que los vi reventar. El fuego parecía intensificar el hedor. Los serví y él comía con avidez, flores blandas, de carne clara. Dijo que estaban deliciosos.

El cielo de hoy es suave y transparente. El calor no molesta: ilumina o refleja. Decidimos ir a la playa, voy guardando en los bolsos lo que siempre me corresponde: toallas, protector solar, agua, comida, trajes de baño, dos, tres, por si acaso. Alberto guarda lo de siempre: cañas, anzuelos como cucharas de una o varias puntas, y moscas, peces plásticos, lombrices.

Llegamos directamente al muelle, ¿para qué la bahía si ya es un poco tarde? dice, yo me resigno tirándome en las tablas, sin sentir el mar en mis muslos y sin imaginar. Escucho que lanza el anzuelo, recoge, tira. A lo lejos, no mucho, el faro. Veo pequeñas personas en su punta, deben estar mirando lo inalcanzable del agua, la insignificancia que soy tendida por debajo de ellos, en unas tablas. O no, solo fotografías, risas, cosas de familia, eso.

Él se agita más de lo normal, recoge con fuerza el anzuelo y dice Es grande, es algo grande. Me reincorporo sin mucha emoción, a veces dice lo mismo y es nada, así que espero mientras lo veo de espaldas, luchando con algo intangible, una fuerza que pareciera arrojarlo al agua; resiste, jala, Ya viene, lo veo, viene, es grande. Saca una mantarraya pequeña, me aterrera. Maldice. La oscila un poco y la pone a la altura de mi cara, veo de frente la cara de la mantarraya y es claramente la de un niño, boquea, tiene el anzuelo perforándole un costado de lo que bien pudiera ser una mejilla de niño. Boquea, yo grito que la devuelva, intenta con temor quitarle el anzuelo, pero no puede, boquea, Devuélvela, siento ganas de llorar y yo misma boqueo.

—¡Cállate, eso intento! —me grita.

La cara blanca, concentrada en lo alto de ese cuerpo extraño y triangular: una inquietante súplica, la extrañeza del dolor ajeno, como un hijo recién nacido incapaz de respirar. Los hijos ahogados que nadie quiere sacar porque no hay manera de entregar un cuerpo así, si se han llenado de agua lo justo es que el mar los retenga, nada de cuerpos morados y henchidos. Logra quitarle el anzuelo y la arroja al agua como si fuera un plato, escucho un sonido de vasija hueca, apenas la veo ondular sus aletas y hundirse. Lloro sin hacer ruido, es un llanto líquido, sin congestión, solo lágrimas que se escurren. Algo parece irrecuperable dentro de esa agua turbia.

Lloro por el niño que parecía ser y el hombre que no será. Lloro por lo indefinido de un cuerpo en el agua. Alberto me toma del brazo, me levanta de golpe, me dice que es hora de irnos. No puedo entender si está molesto, decepcionado o si quiere darme una falsa tranquilidad.

—¿Viste? Parecía un niño. ¿Lo viste? —quiero dejar de llorar y sigue ese escurrimiento que parece deshacerme—. ¿Lo viste?

—Para la próxima deberíamos ir al faro, ¿no crees?, a pasear solamente. No debe ser tan caro pasar la tarde ahí —me dice mientras comienza a guardar los anzuelos y carnadas, ignorando lo que acabo de preguntarle.

Yo asiento. Me abraza sin mucha emoción, porque quién sabe, el muelle siempre lo estará llamando. ¿Y el faro? pienso. El faro el faro, me lo repito rápido, para dejar de lado el muelle y su cercanía con todo lo vivo debajo y la muerte por encima, en cambio el faro salva, resiste. Aun si no vamos nunca.

—Sí, buena idea —le digo, mientras le ayudo a recoger, mientras me cuesta un poco respirar y comienzo a olvidar aquel rostro en el agua.

CRIANÇAS DE ÁGUA

Tínhamos adquirido o costume de viajar todo fim de semana para a praia vizinha. Vamos à baía, onde posso entrar sem medo, porque a maré é calma, nada traiçoeira. Gosto de sentar na beira, a água me cobre as coxas e costumo escavar a areia com minhas mãos procurando mariscos.

Alberto quase sempre diz para irmos à doca próxima ao farol antes do entardecer. Sei que ele diz isso porque quer ir a esse braço de rio que se une ao mar. Assim, vai preparando suas iscas, anzóis, linhas de pesca, e eu vou jogando os mariscos num balde para cozinhá-los em casa. Sei que já não poderei estar na água: por um lado a água turva e profunda do rio, por outro, a maré alta, com correntes imprevisíveis, de mar aberto.

É estar horas sem fazer nada. Imagino o filho que não temos caminhando de um lugar a outro, com brinquedos para cavar e construir, querendo entrar na água e ao mesmo tempo fugindo dela (Alberto poderia lhe ensinar a nadar, porque eu não sei). Também não posso ter filhos, ou Alberto não pode, não sei quem de nós dois e não importa, não mais, já sabemos que isso é coisa nossa. Por isso caminho, leio, durmo, e às vezes me aproximo do farol e nunca chego até lá: está dentro de uma zona de acesso privado, um complexo onde devo pagar para entrar e, embora não seja caro, Alberto jamais aceitaria que passássemos a tarde ali. Odeia multidões.

Quando começa a pescar, vou adormecendo com o barulho do carretel, me concentro em escutá-lo como se fosse uma pequena cigarra, me concentro na doca: provoca uma sensação messiânica de caminhar sobre a água. O mais bonito é a sua brevidade: se fosse grande seria uma ponte e eu não gosto de pontes, carecem de uma borda ao nada ou ao desconhecido. Na doca, ao contrário, a água parece chegar e te levar a um lugar melhor.

Em algumas ocasiões, e talvez dependa do céu, penso em jogar algo daqui dessa beirada da doca. Vejo Alberto com seus movimentos mecânicos de enrolar, desenrolar, puxar, xingar e sinto que está a um passo, a um só, de cair. Eu também estou, me imagino afundando, não caindo de uma vez, mas sim afundando aos poucos, como se uma ondulação me subisse pelo corpo. Isso é natural. Poderia passar o tempo assim, a não ser por essas interrupções guturais que Alberto faz toda vez que pesca um peixe, o deixa cair ao meu lado e ao invés de me levantar e sair, observo seu movimento convulso. Me dá pena. Desejaria salvá-lo, no entanto, permaneço imóvel.

Esta morte torna tudo perigoso ainda que eu esteja deitada e vire a cabeça para não ver os espasmos do peixe. E se fosse eu? Se de algum modo a água me entrasse de um jeito incomensurável e fosse eu quem agonizasse? Alberto se agacha, vejo como quebra, puxando para trás, a cabeça do animal. Ensinaria ao nosso filho o fim do sofrimento? Fecho os olhos com força, o barulho dele quebrando o peixe é insuportável, apesar de quase inaudível. É um ato grotesco, sim, mas é também misericordioso, em ocasiões os gestos de grande nobreza têm a ver com acabar com uma vida, inclusive a própria. Se fosse eu: sob a água não se escutaria o estalo, nem o grito.

Voltamos para casa. Durante o caminho sinto o cheiro das suas mãos. Vejo suas unhas sujas, com resto de sangue seco e terra das minhocas que usa de isca. Com certeza vai sujar tudo que toque, como o volante, o câmbio, minha perna nua. Entramos, deixa os peixes na mesa da cozinha, que soltam um cheiro insuportável, forte, de mar escuro, viscoso, que embriaga. Sinto náuseas.

— Não quero limpá-los — lhe digo, cansada da praia.

Me olha emburrado enquanto lava as mãos usando uma grande quantidade de detergente. Esfrega os dedos com força.

— Eu pesquei, você limpa, é assim que funciona — se lava com tal intensidade que deixa uns pingos sujos caírem no chão, me obrigo a limpá-lo, como se um peixe tivesse tentado escapar.

São quase uma dezena. Não lembrava que eram tantos. Todos cinzas, ásperos e com esse cheiro de morte prematura, incredulidade guardada no fundo da água violenta.

— Mas eu não quero, não me sinto bem, estou enjoada.

— Pois então que apodreçam aí. Estou cansado.

Fecha a torneira e entra no quarto.

Que a comida apodreça por minha negligência o coloca em um nível moral superior e inalcançável desde o qual pode me criticar por qualquer coisa. O mesmo acontece se eu esqueço a roupa dentro da lavadora vários dias ou algo no fogo até que queime a panela. Tudo o que comece a se decompor, a dar indícios de morte repentina, é minha culpa.

Pego os peixes e os jogo na pia, abro a torneira para lavá-los, tirar deles a água desprezível na que nasceram e morreram sem nenhuma importância. Enganados enquanto eu estava em cima deles na doca, podendo devolvê-los ao mar, evitando sua asfixia, e o que fiz foi deixar que viessem até mim. Suplicantes. Ou sou eu quem suplico?

Pego uma faca, um peixe com a outra mão sentindo a pele de lixa, uma pedra plana, com uma espécie de barbatana como espinha agressiva. Enfio a ponta da faca no orifício do ventre e puxo. Brotam suas vísceras pequenas, lodosas e insignificantes. Enxáguo. Arranco as tripas com fúria.

De três em três, os guardo no congelador, para esquecê-los. Agora percebo em minhas mãos esse cheiro, como se o mar estivesse renascendo em cada dedo, sem me dar trégua. Vou dormir querendo não pensar. Não sonhar com água.

Passaram semanas até que Alberto me pediu para cozinhar alguns peixes. Os coloquei na água para descongelar. A forma seguia sendo plana, o corte que eu fiz: um sorriso prateado, de lábios finos.

— São carnívoros, né?

— Não sei.

— Digo pelos dentes, parecem piranhas.

Ou dizia pelo tamanho dessa boca, uma boca assim é capaz de engolir com rapidez. Ser uma ventosa no pé ou no torso e impedir que um corpo saia à superfície: se não o figa, o suga. Se deixa pisar e se ata a ele, como uma âncora.

Na frigideira os olhos dos peixes inflaram até ficar brancos e explodir. O fogo parecia intensificar o cheiro. Os servi, e Alberto comia com avidez, flores macias, de carne clara. Disse que estavam deliciosos.

O céu de hoje é suave e transparente. O calor não incomoda: ilumina ou reflete. Decidimos ir à praia, vou guardando na bolsa o de sempre: toalhas, protetor solar, água, comidinhas, biquínis, dois, três, por via das dúvidas. Alberto arruma o de sempre: varas, anzóis como colheres de uma ou várias pontas, e moscas, peixes plásticos, minhocas. Chegamos diretamente à doca. Pra que ir à baía se já é tarde? diz, eu me resigno atirando-me nas tábuas, sem sentir o mar nas minhas coxas e sem imaginar. Escuto que lança o anzol, pega, tira. Ao longe, não muito, o farol. Vejo pequenas pessoas na sua ponta, devem estar olhando a margem inalcançável da água, o insignificante que sou estendida debaixo deles, em umas tábuas. Ou não, só fotos, risadas, coisas de família, nada além disso.

Ele se agita mais do que o normal, agarra com força o anzol e diz *É grande*, é algo grande. Me levanto não muito animada, às vezes ele diz a mesma coisa e não é nada, assim que espero enquanto o vejo de costas, lutando com algo intangível, uma força que parecia lançá-lo à água; resiste, puxa, *Está vindo*, eu vejo, *está vindo*, é grande. Tira uma arraia pequena, me aterroriza. *Xinga*. A balança um pouco e a coloca na altura do meu rosto, vejo a cara da arraia

de frente e parece claramente o rosto de um bebê, suspira, tem um anzol perfurando uma lateral que podia muito bem ser a bochecha de um bebê. Suspira, eu grito que a devolva ao mar, tenta com temor tirar o anzol dela, mas não consegue, suspira, Devolve ela, sinto vontade de chorar e eu mesma suspiro.

— Cala a boca, estou tentando! — grita.

A cara branca, concentrada no alto desse corpo estranho e triangular: uma inquietante súplica, a estranheza da dor alheia, como um filho recém-nascido incapaz de respirar. Os filhos mortos que ninguém quer trazer ao mundo porque é impensável entregar um corpo assim, se estão cheios de água, o certo é que o mar os retenha, nada de corpos roxos e inchados. Consegue tirar o anzol e a lança ao mar como se fosse um prato, escuto um som de vasilha vazia, apenas vejo ondular suas barbatanas e afundar. Choro em silêncio, é um choro líquido, sem congestão, só lágrimas que escorrem. Algo parece irrecuperável dentro dessa água turva. Choro pelo bebê que parecia ser e pelo homem que não será. Choro pelo indefinido de um corpo em água. Alberto me pega pelo braço, me levanta com tudo, me diz que é hora de irmos. Não consigo entender se está chateado, decepcionado ou se quer me passar uma falsa tranquilidade.

— Viu? Parecia um bebê. Viu? — quero parar de chorar e continua esse escoamento que parece me desfazer. — Você viu?

— Na próxima deveríamos ir ao farol, não acha? Só para passear. Não deve ser tão caro passar a tarde ali — me diz Alberto enquanto começa a guardar os anzóis e iscas, ignorando o que acabo de perguntar.

Eu aceito. Me abraça sem muita emoção, porque quem sabe, a doca sempre o chamará. E o farol?, penso. O farol, o farol, repito rápido, para deixar de lado a doca e seu entorno, com tudo o que vivo às escondidas e a morte pairando; e em troca, o farol liberta, resiste. Mesmo que nunca tenhamos ido até lá.

— Sim, boa ideia — digo, enquanto o ajudo a recolher as coisas, ainda com dificuldade de respirar, começo a esquecer aquele rosto na água.

REFERÊNCIAS

CARRILLO, Viridiana. Niños de agua. *Antes del juego*. Ciudad de México: Nitropress, 2020. pp. 37-42.